

“LA REALIDAD DE LA LITERATURA SE FUNDAMENTA EN NUESTRA APROXIMACIÓN A ELLA COMO LECTORES”: ENTREVISTA A DARÍO VILLANUEVA

Darío Villanueva Prieto

Profesor emérito de la Universidad de Santiago de Compostela

Académico de la Real Academia Española, letra D

María do Cebreiro Rábade Villar

Universidad de Santiago de Compostela

m.rabade@usc.es

Resumen: En la siguiente entrevista, Darío Villanueva repasa su carrera académica y los hitos de su pensamiento literario, tras casi medio siglo de ejercicio docente y desde la perspectiva sobre la propia trayectoria que brinda su reciente jubilación. En el diálogo con María do Cebreiro Rábade Villar, aborda cuestiones como la impronta de sus mentores intelectuales, incluidos sus primeros maestros en la Universidad compostelana, el impacto de sus principales publicaciones académicas y sus proyectos futuros, su papel en la difusión de la Teoría de la literatura en España, la dimensión institucional de su trayectoria, las claves de su magisterio intelectual y su defensa del comparatismo como ética de la lectura.

Palabras clave: Darío Villanueva; entrevista; teoría de la literatura; literatura comparada.

Abstract: In the following interview, Dario Villanueva reviews his academic career and the achievements of his literary thought, after almost half a century of teaching practice and from the perspective of his own career, as a result of his recent retirement. In the

dialogue with María do Cebreiro Rábade Villar, he discusses issues such as the imprint of his intellectual mentors, including his first teachers at the University of Compostela, the impact of his main academic publications and his future projects, his role in the dissemination of the Theory of Literature in Spain, the institutional dimension of his career, the keys to his intellectual teaching and his defense of comparative studies as an ethic of reading.

Keywords: Darío Villanueva; Interview; Literary Theory; Comparative Literature.

P- Como seguramente sabe, Theory Now es una revista que está tratando de darle un nuevo impulso a la Teoría Literaria en España, desde un fuerte compromiso con las investigaciones emergentes y los investigadores jóvenes. En este sentido, nos gustaría empezar preguntándole por sus inicios en los Estudios Literarios. ¿Qué acontecimientos o personas fueron decisivos en el despertar de su vocación? ¿A quiénes considera sus maestros y por qué?

R- En principio fue el verbo, como reza el *Génesis* judeocristiano. Es decir, la palabra hecha literatura, y ante ella un niño que ya sabe leer. Ahí está el origen de todo. Y luego, la ambición de entender el porqué del placer de la lectura. Ello lleva en el lector en ciernes hacia una cierta actitud crítica, como así fue entre los griegos antes de Aristóteles. Pero enseguida se impone la percepción de que hay constantes literarias; hay tragedia, comedia, épica, poema, metáfora, rima... Es la poética o teoría de la literatura. Y la confirmación de que esto es así viene del descubrimiento de la presencia de esos universales literarios en literaturas de todos los tiempos y en todas las lenguas cuando se las somete a comparación. Desde *El sueño del pabellón rojo* y Homero hasta el *Ulysses*, pasando siempre por *El Quijote*.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la USC encontré el ámbito ideal para desarrollar lo que ya era mi vocación de lector y filólogo. Con motivo de mi jubilación después de 48 años menos un mes de servicio interrumpido a mi *alma mater* desde mi licenciatura en Filología románica en 1972 —confirmada en 1976 con un doctorado en la Universidad Autónoma de Madrid—, mis discípulos han editado un volumen, titulado *De los trabajos y los días. Filologías*, que incluye una especie de autobiografía híbrida que he escrito en el confinamiento, y allí rindo homenaje a mis maestros, distinguiendo los que lo fueron presencialmente y los maestros que yo llamo *in absentia*.

Entre los primeros destaco dos. Enrique Moreno Báez era un *rara avis* entre los catedráticos de Literatura española. Lo tenía toda en la cabeza, pero él era la negación

del historicismo “postmenéndezpelayaniano”. Había sustituido en los treinta a Dámaso Alonso en Oxford y luego pasó a Cambridge y el Kings College. Como católico republicano que era, tuvo dificultades para regresar a España a principios de los años cincuenta, pero su radicación compostelana, que era un destierro encubierto, nos proporcionó el magisterio de un discípulo de T. S. Eliot. La dimensión comparatista de la literatura entre las escritas en varias lenguas y las otras artes que don Enrique cultivaba me dejó una impronta indeleble, perceptible ya en los dos libros que nacieron de mi discipulaje directo con él: la tesina de 1972 y la tesis de 1976.

Y a su lado, Carmen Bobes Noves, pionera valerosa y convincente de una nueva disciplina que no lo era tanto si pensamos en Saussure: la Semiología o Semiótica. Moreno Báez murió en 1976 precisamente; por suerte, doña Carmen sigue con nosotros, siempre iluminándonos.

¿Maestros *in absentia* (relativa: sus libros hablaban por ellos)? En primer lugar, una pareja que siempre propició mi ingreso en la RAE: Emilio Alarcos Llorach y Fernando Lázaro Carreter. En ellos, desde estudiante, encontré la carta de marear que el primero me definió en una de sus cartas de modo insuperable: “*seguir hurgando en la literatura desde la desnudez de los fenómenos de lengua*”.

Y, finalmente, otros dos con los que después de leerlos y estudiarlos, llegué a tener una relación no fraternal, sino en cierto modo filial. Francisco Ayala me introdujo, con el aval de su condición de gran narrador literario, en una narratología de raíz hispánica *avant la lettre*, dio un impagable espaldarazo público a mi teoría del realismo literario y me llevó de su mano al sillón D de la Real Academia Española. Y Claudio Guillén no solo fue mi padrino para introducirme en el club de los comparatistas, sino que me ayudó a implantar en la USC la disciplina con la que más me identifico, codo con codo con la teoría literaria. En mi ejemplar de su libro de homenaje que publicamos desde la USC con la Universitat Pompeu Fabra, Guillén escribió: “Para Darío, que me entiende y apoya como nadie, con todo el cariño, el agradecimiento y, más que nada, la ilimitada admiración de Claudio, 25 de octubre 99, Barcelona”.

P- ¿Cómo describiría el estado de los Estudios Literarios en España cuando empezó su carrera investigadora? ¿Qué carencias, si es el caso, detectaba, y de qué modo pensaba que habría que salvarlas?

R- Salvo excepciones como Moreno Báez, entre los catedráticos de Literatura española, que eran mayoría, se daba lo que Paul de Man calificaría más tarde como “la resistencia a la teoría”, en gran medida fruto de la ignorancia, no del encono. El puerto en el que se podía recalar lo proporcionaban unas cátedras cuyo título, fruto de una

carambola burocrática que sería prolijo explicar ahora, era “Gramática general y crítica literaria” (rubro que no desagradaría al Jakobson de Bloomington), y el magisterio de profesores de lengua como los citados Alarcos y Lázaro Carreter, sin olvidar la estela (estilística) de Dámaso Alonso y su discípulo Carlos Bousoño. Había que salvar los papeles mediante lo que el propio Lázaro Carreter logró al amparo de la Ley General de Educación de 1983: el establecimiento de un área de conocimiento independiente con la denominación de Teoría de la Literatura, homóloga de su hermana de simultánea creación, Lingüística general, ambas desgajadas de aquella Gramática general y crítica literaria.

P- Una de las dimensiones más destacadas de su trayectoria académica tiene que ver con la introducción de la Teoría Literaria en España. ¿Cuál fue su primer contacto con esta disciplina y cuáles diría que fueron los hitos (publicaciones, encuentros científicos, convites a investigadores...) que dieron lugar a su consolidación en nuestro país?

R- El verdadero introductor, como está dicho, fue Lázaro Carreter, que además nos ilustró a los jóvenes con sus clarividentes libros sobre Poética. Yo fui un mero peón. Enseñaba crítica literaria en la USC antes de la LRU, y aprobada esta, obtuve la primera cátedra de Teoría de la Literatura creada en 1985 en mi Universidad. Mi contacto con la disciplina venía, por supuesto, de mucho antes de esta consolidación institucional. Desde mi época de estudiante (1968-1972), mi querencia iba más por la senda teórica que por la histórica. Y así fue, también, con mis investigaciones. El hormiguillo semiótico que doña Carmen nos había inoculado encontró una palestra impagable en el Congreso internacional sobre Semiótica e Hispanismo que desde el CSIC organizó en el mismo año de la LRU Miguel Ángel Garrido Gallardo, un joven catedrático que me ayudó mucho por aquellos años. Y fue determinante también mi primer viaje a los Estados Unidos. De aquellos dos meses de periplo por doce universidades, de Wyoming a Philadelphia, me traje muchas vivencias, muchos encuentros y algunas amistades duraderas, pero también referencias teóricas de matriz anglosajona paralelas a las que en Europa yo mismo ya estaba asimilando. Me refiero, en especial, a compilaciones sobre la crítica de la respuesta del lector como dos publicadas en 1980 por Susan Suleiman e Inge Crossman por una parte, y Jane Tompkins por otra.

Es interesante subrayar también que la posición teórica de Francisco Ayala venía a coincidir con la acusada tendencia hacia el estudio de la Literatura desde su actualización, que inspira la “Rezeptionsästhetik” alemana y, en los Estados Unidos, esta escuela conocida como “Reader-response Criticism”. Tal predominio puede explicarse cabalmente de acuerdo con una secuencia histórica que a lo largo de los últimos cien

años ha visto cómo a un interés fundamentalmente genetista, que lo centraba todo en el autor y su contexto de los que la obra era simple resultado, sucedía luego, cuando tal actitud metodológica hizo crisis, el traslado del centro de atención investigadora al mensaje propiamente dicho, para que tras la fecunda etapa formalista y estructuralista se suscite, por fin, la consideración de la Literatura desde el último elemento de la estructura comunicativa que la sustenta: el receptor o lector. Esta fue desde entonces mi perspectiva, avalada por el fundamento fenomenológico de mi concepción teórica. Se trataba de la que, aprovechando la rigurosa fundamentación metodológica proporcionada por la Fenomenología de Edmund Husserl –muy pronto aplicada al campo literario, entre otros, por Ingarden y varios de los Formalistas rusos y checos de entreguerras–, considera la Literatura no solo como un hecho puramente discursivo o textual, sino como un sistema complejo, de índole comunicativa, en el que el texto creado por el escritor precisa para su constitución ontológica plena de la tarea cooperativa y hermenéutica de los lectores, todo ello en el marco de determinadas convenciones y mediaciones que la sociedad impone al proceso, y que son mudables a lo largo de la Historia.

Supuestos como los mencionados eran compartidos básicamente por escuelas como la de la “Rezeptionsästhetik” de Konstanz, la “Polysystem Theory” de Tel-Aviv, la llamada “Fenomenología crítica” de Bologna, la “Empirische Literaturwissenschaft” de Bielefeld y Siegen y, en general, por la orientación pragmática de la Semiótica contemporánea, atenta sobre todo a cómo los signos se relacionan con sus usuarios, lo que en Literatura es tanto como decir los autores y los lectores. El grupo de Santiago de Compostela que promoví se nutrió desde su constitución de todas estas aportaciones y todavía conserva, como uno de los pilares de su investigación, un interés mantenido por la textualidad, que es herencia del formalismo y el estructuralismo dominantes en el paradigma de nuestros estudios desde los años treinta hasta finales de los sesenta. Pero, igualmente, postulábamos que el principio fenomenológico de la experiencia en que se basa todo conocimiento viene a justificar incontestablemente que la realidad de la literatura se fundamenta en nuestra aproximación a ella como lectores. De esta interacción entre textualidad y recepción, entre inmanencia y pragmática, habíamos querido hacer, además, un principio válido no solo para la investigación, sino también para la docencia universitaria de la Literatura.

P- Entre las numerosas aportaciones de su trayectoria académica, el estudio del realismo literario acaso haya sido una de las más influyentes. ¿Cómo valora esos trabajos desde el presente?

R- Con toda modestia, he de reconocer sin embargo que estoy muy satisfecho por

la obra teórica que considero la más importante fruto de mi trabajo. En 1987 tenía ya listas mis *Teorías del realismo literario*, que en 1991 impartí como un ciclo de conferencias en la sede madrileña del Instituto de España. De 1992 data la primera edición en libro, y la tercera acaba de salir este mismo año de 2020.

Pero no cabe duda de que la considerable repercusión de lo que yo denomino, en términos fenomenológicos, “realismo intencional” se debe a la traducción inglesa del libro por parte de la State University of New York Press en 1997. De manera incomprendible, la producción teórica en castellano apenas si es considerada en el mundo anglosajón, y por ende en la comunidad científica internacional. Ello, además de injusto, indica un aldeanismo intelectual que nosotros, los hispanos, por suerte no padecemos. Desde aquellos años de mis comienzos como estudiante y luego investigador, en principio sobre todo gracias a editoriales mexicanas o argentinas, estábamos al tanto no solo de los clásicos de la teoría literaria, sino de las últimas publicaciones de las figuras consagradas en este ámbito, italianas, alemanas, francesa, rusas, británicas o norteamericanas. Yo mismo procuré contribuir al cosmopolitismo de nuestra disciplina en español, al menos en lo referente a las fuentes disponibles para los interesados. Entre 1984 y 1994 dirigí la colección de «Teoría y crítica literaria» publicada por Ediciones Taurus de Madrid con el objetivo de contribuir a la renovación de nuestros estudios mediante la traducción de selectas obras extranjeras y la concurrencia de nuevas aportaciones hispánicas de Fernando Lázaro Carreter, María del Carmen Bobes Naves y José María Pozuelo Yvancos, entre otros. También se publicó en esta colección la obra póstuma de Pedro Sáinz Rodríguez *Historia de la Crítica literaria en España* que me facilitó el propio Lázaro Carreter.

Así, mi colección lanzó, en cuidadas traducciones del ruso, alemán, inglés, francés y portugués, libros de Mijail Bajtín, Walter Benjamin, Wayne C. Booth, Seymour B. Chatman, John M. Ellis, Northrop Frye, Gérard Genette, Wolfgang Iser, Hans Robert Jauss, Tadeusz Kowzan, Carlos Reis, Siegfried J. Schmidt, Theodore Ziolkowski y Paul Zumthor.

Tengo a gala, como uno de los aportes destacables de aquella colección, el haber hecho traducir el *Grundriss der Empirischen Literaturwissenschaft. Vol 1. Der gesellschaftliche Handlungsbereich Literatur*, de Siegfried J. Schmidt, que había sido publicado en 1980. En mi consideración, se trata de una de las obras más representativas de un “pensamiento fuerte” en los estudios literarios, frente al “pensiero debole” de la Deconstrucción que ya estaba empezando a hacer sus estragos en los Estados Unidos. La versión española, laboriosa y exigente, de estos *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, corrió a cargo del catedrático

de Alicante Francisco Chico Rico y apareció en español diez años después de su edición alemana.

Volviendo a mis *Theories of Literary Realism*, treinta años después de haberlas escrito y veintitrés de su traducción al inglés tengo la satisfacción de comprobar que ha entrado en el cerrado círculo de los *happy few* en lo que a este asunto trascendental para la teoría literaria de todos los tiempos se refiere. Así está presente en obras de referencia como, por caso, *The Routledge Dictionary of Literary Terms*, refacción a cargo de Peter Childs y Roger Fowler de otra obra anterior, *A Dictionary of Modern Critical Terms* aparecido inicialmente en 1973 (fecha en la que yo publicaba mi primer libro). Y otro índice de la vigencia de esta obra la tengo en la información que todos los días me manda el portal Academia.edu, con los datos bibliográficos de las citas que mis trabajos tienen en todo el mundo. Ahí veo que mis teorías del realismo literario cada vez circulan más, lo que no es de extrañar no por mis méritos, sino porque el tema es una de las constantes básicas y universales desde la mimesis de Aristóteles.

P- Uno de los timbres distintivos de su carrera es el haber ocupado puestos institucionales muy relevantes. Podríamos mencionar, entre otros, su desempeño como Rector de la Universidad de Santiago de Compostela, entre los años 1994 y 2002, o el cargo de Director de la Real Academia Española, desde 2014 a 2018. ¿Cómo valora la función de las instituciones académicas y culturales en la sociedad actual? ¿Cuál cree que debe ser su relación con el conocimiento?

R- Efectivamente, esas son las dos instituciones, ambas centenarias –la USC es de 1495 y la RAE de 1713-, a las que sigo perteneciendo y con las que me identifico más. Su condición secular acredita su utilidad a través del tiempo, pese a ser creaciones humanas y por lo tanto susceptibles de agotarse, corromperse, decaer o morir. Las instituciones son fruto de la capacidad asociativa de los grupos humanos, en las que lo individual se sublima en lo colectivo con el resultado de obtener logros para la república que de otro modo no se alcanzarían. Para mí, se sitúan en el cenit de toda civilización como logros incontestables.

A la hora de hacer un balance –que no es final, por supuesto– después de una dilatada vida en las aulas con el paréntesis académico de 2008-2018 en que fui secretario y director de la RAE, vuelvo a darle la razón a Jacob Bronowski. En su libro de 1956 *Science and Human Values* definía a los universitarios como quienes no reivindicaban de modo salvaje, ni engañan, ni intentan persuadir a cualquier precio; tampoco apelan al prejuicio ni a la autoridad; tienden a ser francos sobre lo que ignoran y sus disputas tienen un decoro aceptable; no confunden lo que argumentan con la raza, la política,

el sexo o la edad, y escuchan atentamente a los jóvenes y a los viejos, pues entre unos y otros lo conocen todo. Esas serían, según este famoso matemático polaco de origen judío, las virtudes de los científicos en general, y entre ellos de los universitarios, más allá de nuestras miserias –que las hay, y no las desconocemos– y de cuántas veces le hemos fallado a este decálogo ideal. Para mí, la Universidad es la institución más noble que he conocido.

En cuanto a las funciones por las que me pregunta, no ocultaré una preocupación que me acompaña desde que dejé el rectorado de la USC en 2002. Que el conocido como Plan Bolonia aspire a favorecer no solo la *movilidad* de los estudiantes europeos sino también su *empleabilidad* no significa que se pretendiese con él erradicar cualquier estudio que no esté directamente vinculado con sectores o procesos productivos. Ahora bien, aplíquese aquí el dicho acerca de la mujer de César. No me cabe duda de que por parte de los responsables ministeriales, autonómicos y rectorales no existe la intención oculta de hacer ciertas las denuncias de mercantilización y privatización de nuestra enseñanza superior que estamos escuchando día sí y día también. Pero precisamente por ello, hay que insistir en un discurso inequívoco al respecto, algo que puede no estar del todo claro en documentos como, por caso, el titulado *ESTRATEGIA UNIVERSIDAD 2015* que el equipo directivo del Ministerio de Ciencia e Innovación presentó en aquel año en nuestros centros.

En el apartado cuarto de su resumen ejecutivo, figura, por caso, un cuadro en el que se representan tres misiones para la Universidad: *Formación, Investigación y Transferencia de conocimiento y tecnología*.

Curiosamente, también eran tres las misiones que Ortega y Gasset defendía en uno de los textos más influyentes en el pensamiento universitario del Siglo XX. Me refiero a su libro, titulado precisamente *Misión de la Universidad*, que publicó *Revista de Occidente* en 1930 a partir de una conferencia encargada por la Federación Universitaria Escolar (FUE), la vanguardia –entonces– del movimiento estudiantil. Y Ortega concluía precisamente su propuesta con una inequívoca invocación europeísta, al afirmar que si se cumplían los requisitos previamente expuestos por él, “entonces volverá a ser la Universidad lo que fue en su hora mejor: *un principio promotor de la historia europea*”.

Pues bien, en otra página el filósofo escribe que la enseñanza superior aparece integrada por estas tres funciones: Transmisión de la cultura; enseñanza de las profesiones; e investigación y educación de nuevos científicos. Pero más adelante, en el capítulo titulado “Cultura y ciencia”, Ortega justifica el porqué de la preeminencia que entre las funciones de la Universidad le ha dado a la difusión de la cultura: porque

estaba convencido de la importancia histórica que tenía devolver a la Universidad su tarea central de ‘ilustración’ de la humanidad, de enseñarnos el ingente acopio cultural que ha llegado hasta nuestro tiempo. Para él, cultura era el sistema de ideas desde las cuales cada época o momento histórico vive.

Resulta plausible que de las tres misiones mencionadas por Ortega y por el documento ministerial, dos coincidan exactamente: la formación profesional, y la investigación científica. Pero, cuando menos me sorprende y me desasosiega que la misión primordial del maestro, la transmisión de la cultura, desaparezca a favor de la transferencia de conocimiento y tecnología.

La inclusión de esta última función está más que justificada y nadie se opondría hoy a ella. Sería una triste paradoja que en la “Sociedad del conocimiento” en la que ya estamos, las Universidades, que son auténticas “factorías de conocimiento”, quedasen al margen, ensimismadas, sin transmitirlo a la Sociedad para enriquecerla (no solo materialmente). Pero ¿por qué suprimir tan drástica e injustificadamente la transmisión también de la cultura? Bien entendido que, a estos efectos, hoy todos concordamos asimismo en la suma irrenunciable de lo que Lord Snow denominaba “las dos culturas”: la humanística y la científica. Por cierto, no ha mucho que se ha cumplido el cincuentenario de la “Rede Lecture” que Charles Percy Snow pronunció sobre el tema y que tuvo enorme repercusión, luego transformada en el libro *The Two Cultures and the Scientific Revolution*.

P- Sus alumnos hablan a menudo de su carisma como profesor, de su papel en el despertar de la vocación investigadora y, en general, de la huella que sus clases les han dejado. ¿Qué le ha aportado y le aporta la docencia a su trayectoria académica?

R- George Steiner, en su libro *Lecciones de los maestros* establece una tipología a propósito de estas relaciones, y yo me identifico con la opción que él define como un proceso de interrelación, de ósmosis, que hace que el profesor aprenda de su alumno mientras le enseña. Cada persona representa una ventana abierta al universo. El raciovitalismo de Ortega y Gasset bien que nos lo demostró. Aparte de lo que he aprendido en el aula enseñando, siempre le he concedido gran utilidad y beneficio para mi propia formación a la dirección de tesis doctorales. Por no hablar de juzgarlas. Incluso ahora sigo acudiendo a los tribunales de doctorado ávido de aprender de quien se doctora cuarenta años más tarde que yo. Entre 1985 y 2020 he dirigido (o, en tres casos codirigido) dieciocho tesis, once de ellas presentadas por jóvenes investigadoras, y en este momento dirijo otras dos y tengo en cartera varias.

P- En su condición de fundador del Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Santiago de Compostela, ¿cómo valora la trayecto-

ria y carácter del grupo en el contexto de la Teoría Literaria española?

R- En parte he contestado ya a esta cuestión en mi respuesta a su tercera pregunta. El grupo de Santiago de Compostela puede caracterizarse por un interés mantenido por la textualidad, herencia del formalismo y el estructuralismo, junto con el seguimiento del principio fenomenológico de la experiencia según el cual la realidad de la literatura se fundamenta en nuestra aproximación a ella como lectores. Y concluía mi respuesta con una frase fundamental para mí: de esta interacción entre textualidad y recepción, entre inmanencia y pragmática, hemos intentado hacer, además, un principio válido no solo para la investigación, sino también para la docencia universitaria de la Literatura.

En paralelo a mi libro jubilar que antes mencioné, titulado *De los trabajos y los días. Filologías*, el grupo compostelano de Teoría de la literatura y Literatura comparada publicará un volumen colectivo, en el que yo lógicamente ya no colaboro, titulado *Textualidades (inter)literarias: Lugares de lectura y nuevas perspectivas teórico-críticas*. En él está la mejor respuesta a su pregunta, mejor que cualquiera que yo pudiera darle. Me hace mucha ilusión esta iniciativa emprendida por Anxo Abuín, Fernando Cabo y Arturo Casas, que aparece un cuarto de siglo después de otra obra colectiva que compilé en 1994, titulada *Avances en teoría de la literatura (Estética de la recepción, pragmática, teoría empírica y teoría de los polisistemas)*, luego reimpressa en el año 2000. También destacaré que en 2004 Arturo Casas coordinó otra obra en la que los miembros del grupo participamos, *Elementos de crítica literaria*, escrita en gallego.

A este respecto, a la hora de mi valoración de nuestra trayectoria que usted me pide, me parece de suma importancia lo siguiente. Si el comparatismo se puede relacionar con ciertas circunstancias personales de los individuos a él dedicados, que como se ha llegado a decir precisan ser políglotas, filólogos y trotamundos, también cabe vincularlo a las características peculiares de determinados países. Por ejemplo, Suiza fue el Estado en donde primeramente proliferaron cátedras de Literatura comparada, en lo que le siguió Francia, e Italia con posterioridad. La Confederación Helvética resulta un territorio de promisión para el comparatismo por ser una comunidad con un territorio reducido en el que conviven cuatro culturas diferenciadas, la retorrománica, la italiana, la francesa y la alemana, predominantes estas últimas pero respetuosas de las otras dos, y tampoco es extraña la especial sensibilidad canadiense a este respecto; de hecho, el séptimo congreso de la Asociación internacional de Literatura comparada (AILC/ICLA) tuvo lugar en la francófona Montréal y la anglófona Ottawa. En relación a lo que decimos, España no es un enclave precario, gracias a sus nacionalidades con una lengua vernácula que convive con la de todo el Estado y de una vasta comunidad internacional. A este respecto, no tengo ningun-

na duda de que es fruto directo de la herencia de Claudio Guillén la más ambiciosa obra de carácter colectivo que desde nuestro país se ha realizado hasta el presente: *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula* publicada en inglés en dos volúmenes (2010 y 2016), de la que son coeditores Fernando Cabo Aseguinolaza, Anxo Abuín González y César Domínguez. El caso de la península ibérica es paradigmático a este respecto, con la coexistencia de cinco sistemas literarios: el portugués, el gallego, el castellano, el catalán y el euskérico. Y a raíz de los contactos establecidos entre nuestro grupo y otros internacionales con intereses similares, en lengua gallega se publicaron primero, en 2004, unas bases metodológicas para una historia comparada de las literaturas de la Península Ibérica que dieron lugar posteriormente a los dos extensos volúmenes colectivos mencionados, publicados ahora en inglés, sobre dicha historia comparada.

Por su parte, *Avances en teoría de la literatura* había presentado en gran medida un resumen de los trabajos desarrollados en nuestra Universidad por el equipo surgido a raíz de la constitución oficial, en 1985, de la cátedra de Teoría de la Literatura, perteneciente al Departamento de Filología Española, Teoría de la Literatura y Lingüística General adscrito a la Facultad de Filología. Concretamente los profesores e investigadores que colaboraron fueron Fernando Cabo, Anxo Abuín, Arturo Casas, Montserrat Iglesias y Silvia Manteiga. Pero junto a nuestras aportaciones compostelanas, *Avances* contó con las firmas de Hans Robert Jauss de la Universidad de Konstanz, e Itamar Even-Zohar, de la Universidad de Tel-Aviv. Sendos ejemplos concretos de la identificación de nuestro grupo con poderosas líneas de desarrollo teórico en el ámbito de la ciencia de la literatura contemporánea.

Abuín, Cabo y Casas son hoy, veintiséis años después, los compiladores de este nuevo volumen *Textualidades (inter)literarias: Lugares de lectura y nuevas perspectivas teórico-críticas* que aborda otros tantos pilares actuales de nuestra área y departamento. Montserrat Iglesias continuó su carrera en la Universidad Carlos III de Madrid, y Silvia Manteiga se instaló en Italia. Pero sus ausencias las hemos subsanado felizmente con la incorporación de Ángeles Rodríguez Fontela, Teresa Vilariño Picos y Silvia Alonso, formadas con nosotros; y de César Domínguez Prieto y Antonio Gil, procedentes de otras Universidades pero perfectamente integrados en la nuestra. Entre todos ellos, gracias a su ejercicio como directores de tesis y de otros trabajos de investigación, han ido incrementando la nómina de nuestro equipo con nuevos teóricos y comparatistas más jóvenes como María do Cebreiro Rábade Villar y varios otros. Nuestro grupo de TLLC que cuenta ahora con un coordinador (Fernando Cabo Aseguinolaza), diez investigadores y ocho becarios en formación.

P- Ha dedicado no pocos escritos a la cuestión disciplinar en el ámbito de los Estudios Literarios, y particularmente a la relación entre la Teoría Literaria y la Literatura Comparada. ¿Cómo concibe este vínculo entre teoría y comparatismo en la actualidad? ¿De qué modo piensa que la Literatura Comparada, objeto de una de sus últimas publicaciones —*Lo que Borges le enseñó a Cervantes: Una introducción a la literatura comparada*, en colaboración con César Domínguez, y Haun Saussy— puede ayudarnos a comprender un mundo tan convulso como el presente?

R- Los estudios literarios, al menos tal y como yo los veo desde el comienzo de mi dedicación a ellos, tienen cuatro líneas convergentes entre sí, que se necesitan las unas a las otras. En primer lugar está, por supuesto, la Crítica literaria, es decir, la atención que un lector capacitado presta a una obra o a un autor para desentrañar su sentido y para expresar el porqué esa obra o ese autor es capaz de producir en nosotros la emoción poética, la emoción literaria, la emoción estética. Luego, y no menos importante, viene la Historia de la Literatura. Al fin y al cabo, la literatura es una producción social, cultural, y la memoria de la Humanidad no puede ignorar este hecho, hasta el punto de que la propia Historia nace cuando la escritura deja constancia, a través de la palabra, de lo que ha ocurrido. Igualmente, existe la Teoría, que aporta ese sistema de grandes leyes, de grandes constantes en las que la literatura se fundamenta, y es una disciplina sólidamente asentada en nuestra tradición cultural, nada más y nada menos que desde la *Poética* de Aristóteles. Y finalmente, de un tiempo a esta parte, desde hace casi doscientos años, es notable la importancia que tiene la Literatura comparada. Decía T.S. Eliot que ninguna literatura está completa en sí misma y que todos los escritores son nuestros coetáneos y, en cierto modo, también nuestros compatriotas, pues Homero, Shakespeare, Cervantes, Federico García Lorca y Cavafis, al fin y al cabo están situados al mismo nivel en relación a un lector que puede acceder al contacto y al comercio con ellos.

En el discurso inaugural en mayo de 1974 del “Primer Coloquio de Literatura Comparada”, el gran comparatista francés y no menos destacado hispanista Marcel Bataillon lamentaba la inexistencia de cátedras de Literatura comparada en las Universidades españolas. A pesar, incluso, de la realidad plurilingüística de nuestra cultura, que el propio Marcelino Menéndez Pelayo había planteado en su manifiesto nacionalista “La Ciencia Española” reclamando la creación de una cátedra hispanolatina en Salamanca, otra hispanosemítica en Sevilla o Granada, una tercera de literatura catalana en Barcelona y, para cerrar el círculo, la galaicoportuguesa en Santiago de Compostela. Porque, añadía con su punto irónico el maestro francés, era capital “recordar esta pluralidad interna de la historia literaria peninsular que obligó a todos los grandes filólogos españoles a ser comparatistas, no digo sin saberlo, pero sin proponérselo”.

Nunca me abandonó desde aquel texto fundacional del Comparatismo en España esta idea nuclear expuesta con la máxima autoridad por Bataillon: “En realidad late en todo estudio comparatista particular, limitado, la tendencia consciente o inconsciente a preparar una comprensión general de la literatura como fenómeno humano universal, a promover un conocimiento general inevitablemente teórico, de qué es la literatura, qué es la poesía, etc., o como la llamaron los alemanes, *Literaturwissenschaft*; la *Literaturwissenschaft* es el horizonte de las investigaciones comparatistas”¹. Esa misma idea era la que orientaría mi intervención un cuarto de siglo después para que en el sistema universitario español existieran las actuales cátedras de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada.

En 1998, la Asociación Española de Teoría de la Literatura (ASETEL) que yo presidía entonces, promovió ante el Consejo de Universidades el cambio de denominación del área de conocimiento de Teoría de la Literatura para que pasase a denominarse Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Como rector de la USC, pude intervenir activamente para que tal demanda fructificase. El cambio fue informado favorablemente por la Subcomisión de Humanidades del Consejo de Universidades, en la que actué como ponente de la causa, en junio de 1999. La Comisión Académica del Consejo lo refrendó en abril de 2000, y el 24 de junio de ese mismo año el *Boletín Oficial del Estado (BOE)* publicó la resolución del cambio, al amparo del RD 1888/1984 que establecía la revisión cada cinco años del catálogo de las áreas de conocimiento vigentes en la Universidad española.

Las autoridades del Ministerio de Educación y Ciencia, y gran parte de los rectores que constituían el Consejo de Universidades, en donde éramos minoría los de Letras, se mostraban muy reacios a que esa revisión del catálogo derivara en la proliferación de nuevas áreas, lo que conduciría a la situación anterior que la LRU vino a corregir. Por ello, estando dentro del sistema de gobierno universitario desde 1994, enseguida me di cuenta de que la aprobación de la Literatura Comparada como un área de conocimiento nueva e independiente era una quimera. Pero sí existía una posibilidad, que al fin y a la postre se mostró cierta, de ampliar la denominación y el campo de la Teoría de la Literatura argumentando –y fue muy eficaz tal argumentación– que en el otro catálogo oficial, el de las Licenciaturas, existía ya una de segundo ciclo denominada precisamente Teoría de la Literatura y Literatura Comparada.

Mi empeño en conseguir este cambio significaba al fin el reconocimiento oficial de esta disciplina, uno de cuyos fundadores fue, por cierto, el jesuita español Juan An-

1 El texto puede consultarse en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/1616-anuario-de-la-sociedad-espanola-de-literatura-general-y-comparada-2/html/p0000002.htm>

drés, autor de *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (1782-1977), que fue visitado en su exilio de Mantua por el propio Goethe. No obstante, mi intervención en todo el proceso me granjeó la crítica, y probablemente la enemiga de algunos colegas, que solo admitían la opción maximalista que yo sabía inviable. Pero estimo que el tiempo ha venido a confirmar que en estos veinte años la Literatura Comparada ha encontrado una vía de crecimiento y visibilidad que ni podíamos soñar antes de 2000, que no ha sido fagocitada por la Teoría sino que, muy al contrario, aparte de las sinergias existentes entre ambas disciplinas, y su complementariedad en el marco general de los Estudios literarios, ha promovido la creación de cátedras, titularidades y otros puestos de profesor cubiertas por jóvenes (y no tan jóvenes) comparatistas.

Estoy muy satisfecho por la repercusión que está alcanzando internacionalmente el libro que publicamos en 2015 mi compañero César Domínguez, Haun Saussy de la Universidad de Chicago — presidente que fue de la American Comparative Literature Association — y yo mismo con el título de *Introducing Comparative Literature. New Trends and Applications*, que ya está traducido al español con otro título un tanto provocativo (2016), al árabe (2017) y en 2021 aparecerá en chino (Saussy es uno de los más destacados sinólogos en nuestro campo). Nuestro propósito era defender la vigencia de la disciplina en nuestro siglo XXI en contra del pesimismo que Susan Basnett introdujo en su influyente introducción publicada en 1993 donde afirma que “today, comparative literature in one sense is dead”, y alcanzó su apoteosis en 2005 con el libro de una autora incondicional de Foucault y Derrida, Gayatri Chakravorty Spivak, titulada ni más ni menos que *Death of a Discipline*.

No me cansaré de denunciar — tarea en la que, por supuesto, no estoy solo — el daño que la Deconstrucción ha causado a la valoración de la Literatura en las universidades norteamericanas, en contra de lo que había establecido históricamente su modelo de educación liberal, según el cual las letras eran insustituibles para la formación integral de los estudiantes, que comprendía la Ética y la Estética, la competencia expresiva y comunicativa, el bagaje enciclopédico. La Literatura rebosaba sentido y significación, significaba algo, formaba a través del conocimiento de las obras clásicas la capacidad de valoración artística de las personas en formación, a las que proporcionaba además información sobre asuntos importantes que Northrop Frye llamaba *incumbentes*, es decir, próximos al meollo de la condición humana. La Deconstrucción apunta en sentido contrario: la ausencia de sentido de los textos eminentes que constituyen la Literatura. Exactamente lo contrario a la “hermenéutica positiva” de Schleiermacher. Ciertamente es que el texto significa lo que nosotros proyectamos sobre él, pero este relativismo hermenéutico, que avala la Fenomenología, está en puridad muy lejos de

una “hermenéutica negativa”, negadora de la capacidad de transmitir sentido que la Literatura tiene. Desafortunadamente, tal fue el poso que la Deconstrucción fue dejando y esto, en mi criterio, tuvo una consecuencia inmediata en el régimen interno de las Universidades y en la propia financiación de las Humanidades. ¿Para qué invertir en unos estudios que sus propios profesores defienden que no tienen sentido?

Mis declaraciones en este sentido, que no han sido pocas, significan por mi parte una expresión de solidaridad con nuestros colegas sobre todo norteamericanos, entre los cuales no faltarán quienes suscriban mi diagnóstico por tajante que pueda parecer. Así, por caso, lo hizo Edward Said en su último libro. No tuvo empacho en reconocer, con la credibilidad que le daba su posición privilegiada de *Scholar* reconocido por las más importantes Universidades norteamericanas, que el poscolonialismo, los estudios culturales y otras disciplinas similares acabaron por desviar las humanidades de su objetivo más genuino, esto es, la investigación crítica de los valores, la historia y la libertad, derivando hacia un conjunto de despreocupadas especialidades la mayoría de ellas basadas en la identidad.

Por otra parte, estaba convencido de que estas variedades de “deconstructive Derridean readings” terminan “in undecidability and uncertainty”. No debe sorprendernos, pues, la única solución que Said propone en su obra póstuma: un retorno al modelo interpretativo filológico que con una base firme había prevalecido en Norteamérica desde la introducción en ella de los estudios humanísticos hace más de 150 años. Estos llamamientos de Said constituyen su legado a modo de testamento. En su libro póstumo propugna, pues, “el retorno a la filología” como camino inexcusable para el fortalecimiento, en nuestro convulso siglo, de una “idea of humanistic culture as coexistence and sharing”. Para el logro de tal objetivo sigue siendo fundamental la lectura, cuyo ejercicio se puede enseñar y aprender. Lectura, por supuesto, “para buscar sentido” —“reading for meaning” —, dentro y fuera de nuestra órbita cultural más próxima, para lo que, como ya en su día reivindicó Etienne, resulta imprescindible la traducción como práctica cultural y como objeto, incluso, de investigación por parte de los comparatistas.

Frente a horizontes catastróficos como el que sugiere el concepto de choque de civilizaciones propalado por Samuel Huntington, Said nos recuerda que la palabra *Corán* significa en árabe *lectura*, y que la práctica de la *ijtihad* —la lectura personal y demorada, un especie de *close reading*— en el contexto del humanismo islámico coincide en su propósito con un compromiso humanista irrenunciable, al que la Literatura Comparada puede aportar mucho: enseñar cómo leer bien, lo que en estos momentos en gran medida significa tanto como ser partícipe de la tradición literaria propia sin

renunciar, sin embargo, a convertirse en asiduo visitante de la cultura del Otro.

Esta idea constituye uno de los más valiosos ejes de fuerza de este teórico y comparatista nacido en Jerusalén, educado en Líbano y El Cairo, y universitariamente formado en los Estados Unidos, que se consideraba concernido, como tantos otros lo estamos, por semejante concepción universalista de todas las literaturas del mundo y sitúa en ella “the foundation of what was to become the field of comparative literature”. Mas en lo que se refiere a la situación actual de nuestro continente, cabe preguntarse acerca de qué literatura habrá de enseñarse en un inmediato futuro a los jóvenes europeos. Sin que ello signifique en modo alguno el descuido de las letras vernáculas o nacionales, ni tampoco la ignorancia de las tradiciones literarias no occidentales, todo parece indicar que habrá un espacio disciplinar para la Literatura — como también para la Historia— europea. Nada más congruente, por otra parte, con el fundamento histórico de nuestra cultura común. En tanto que el sistema educativo no produzca las correspondientes obras de referencia, que tendrán lógicamente una difusión supranacional, los estudios de Literatura Comparada ya existentes constituyen el marco de referencia doctrinal más apropiado y útil para que las nuevas generaciones identifiquen su Literatura con un repertorio multilingüístico de textos eminentes, por otra parte íntimamente relacionados entre sí y partícipes de similares planteamientos poéticos.

P- Su pensamiento último ha encontrado un notable estímulo en los debates del mundo contemporáneo, como lo demuestra su ensayo *Lengua, corrección política y posverdad*. ¿En qué medida pueden contribuir los estudios teórico-literarios a combatir el deterioro de la noción de verdad en la sociedad de los nuevos medios?

R- El mal ya está hecho, y todos coinciden en que el origen, por ejemplo, de la corrección política estuvo en los campus norteamericanos a partir de los años ochenta del siglo pasado. Y para mí que la posverdad, de la que Donald Trump (sin leer, a lo que creo, a Derrida y Foucault) ha hecho el fundamento de su política comunicativa presidencial, tiene también sus raíces en el absoluto relativismo epistemológico consagrado por los nietos de Nietzsche y Heidegger, y en la propia Deconstrucción, que viene a sugerir que el lenguaje -y por ende la Literatura- puede carecer de sentido, que es como una especie de algarabía de ecos en la que no hay voces genuinas, hasta el extremo de que el sentido se desdibuje o difumine por completo.

Alguna vez me han preguntado si hay algo que me guste de la Deconstrucción. Y suelo responder que reconozco la brillantez de sus fuegos de artificio en los momentos mejores de la fiesta, y el remoto fundamento del pensamiento de Derrida en la Fenomenología de Edmund Husserl, sobre el que el francés escribió su tesis doctoral. Veo, así,

a este filósofo como el presidente de la comisión de fiestas de un pueblo que contrata para las fiestas patronales un castillo de fuegos artificiales muy brillante y espectacular. Y efímero. Cuando concluye la quema, como reza el famoso verso de Cervantes, *Fuese, y no hubo nada*. En los ambientes deconstructivos siempre me muevo con mascarilla, y procuro mantener la máxima distancia social (intelectual) con Derrida y Foucault sobre todo.

Por supuesto que todos estos fenómenos encajan perfectamente en el ciclo histórico-cultural de la llamada posmodernidad. Y obedecen a sus designios. Que incluyen la exacerbación del relativismo y la quiebra de los “grandes relatos legitimadores”. Que favorecen el “pensiero debole” y caracterizan la llamada “sociedad líquida”.

El posmodernismo lleva, inevitablemente, a la quiebra de la racionalidad, y al endiosamiento de la “inteligencia emocional”. Así por ejemplo, Rosi Braidotti, manifiesta su “alegría al acoger la noción histórica de la decadencia del humanismo, con su núcleo eurocéntrico y sus tendencias imperialistas”, y su plena entrega a un “activismo antihumanista” que encuentra su mejor expresión en “feminismo, anticolonialismo y antirracismo, movimientos pacifistas y antinucleares”. Para la catedrática de Utrecht, la “muerte del hombre” anunciada por Foucault exige el “rechazo de la definición de identidad clásica humanista, la racionalidad y lo universal”. Es el fin del “sujeto unitario del humanismo”, que deberá ser sustituido por “un sujeto caracterizado principalmente por la encarnación, la sexualidad, la afectividad, la empatía y el deseo”.

Se me pregunta en qué medida los estudios teórico-literarios y comparatistas pueden contribuir a la mejora de nuestra sociedad, en la que se perciben síntomas en extremo preocupantes. Y mi respuesta es: recuperando y enfatizando la lectura como proceso humanista y racionalista donador de sentido. Podríamos hablar, así, de una verdadera «lectura cosmopolita» como lo hace Kwame Anthony Appiah. Si su cosmopolitismo consiste en una fórmula tan simple como «universalismo más diferencia», la «lectura cosmopolita» es aquella que se recrea en la diferencia. Cuando Appiah añade que la lectura cosmopolita presupone un mundo en el que las novelas viajan entre lugares donde son entendidas de distintas maneras, porque la gente es diferente y asume su diferencia, parece estar pensando, sin citarlos, en escritores «globales» como el japonés Haruki Murakami, el anglocaribeño de origen hindú Vidiadhar Surajprasad Naipaul o el albanés Ismail Kadaré. En términos de Stanley Fish, esta lectura cosmopolita consiste simplemente en la multiplicación de «comunidades interpretativas» actuando simultáneamente, posibilidad hoy factible por la globalización del polisistema literario, por la internacionalización de la industria cultural y la generalizada mediación de los traductores. Ello dará lugar, inevitablemente, a variados *misreadings*, pero no de otro

modo concluía la lectura de una obra por sus primeros lectores vernáculos.

He de insistir en que el compromiso con la universalidad de la condición humana es algo consustancial a la Literatura Comparada desde la concepción de sus propios fundadores, desde Juan Andrés, Madame de Staël y Goethe hasta Jean-Jacques Ampère, Abel-François Villemain o Hugo Meltz de Lomnitz, y que cobra renovado valor en la actualidad, en la dirección de un cosmopolitismo entendido como «la ética en un mundo de extraños».

Esta idea, que demanda todo tipo de matices e inspira simultáneamente una profunda reflexión, se explica perfectamente en estas precisas palabras de la escritora y premio Nobel polaca Wisława Szymborska, con las que concluye su poema «Nic dwa razy» (Nunca dos veces):

*Medio abrazados, sonrientes,
buscaremos la cordura,
aun siendo tan diferentes
cual dos gotas de agua pura.*

Hay que recuperar, también, la creencia de que la literatura es una institución social y estética de primera magnitud, y que su enseñanza no es un mero adorno que los sistemas educativos se conceden graciosamente para colorear sus cuadros, sino que puede desempeñar un papel insustituible para la formación de los ciudadanos en un sentido plural, democrático y cosmopolita. A este respecto, es muy probable, como Ed Ahearn y Arnold Weinstein afirmaban en 1995 -en *Comparative Literatures in the Age of Multiculturalism*, libro compilado por Charles Bernheimer- que «la literatura comparada es la única disciplina humanística equipada para alcanzar este reto educativo e ideológico».

P- ¿Cuáles son sus proyectos en curso? ¿Qué líneas de investigación valora como más productivas para nuestra disciplina en el futuro?

R- Precisamente estoy escribiendo un libro que Espasa publicará en enero de 2021 sobre ese tema que tanto me interesa: la incidencia en nuestro lenguaje de hoy de la corrección política y de la posverdad. Por otra parte, desde hace ya casi treinta años, como docente y como investigador, he procurado hacer asimismo mi aportación a los estudios filomoliterarios. De hecho, mi último libro, actualmente (agosto de 2020) en prensa, que recoge mi discurso de ingreso en la RAE sobre *El Quijote* como obra precinematográfica, incluye también capítulos sobre Shakespeare, Thomas Mann, Valle-Inclán, Camilo José Cela, Gabriel García Márquez y Javier Cercas, y sobre directores de cine como Polanski, Visconti, Francesco Rossi, Ricardo Franco, Mario Camus y

David Trueba. Dispongo también, gracias al trabajo de varios lustros, de un amplísimo archivo documental sobre *El Quijote* “después del cine”, esas trescientas versiones filmicas que la novela cervantina ha generado desde comienzos del siglo XX hasta hoy. He descartado escribir a este respecto un libro, como en un momento determinado era mi intención. Ahora pienso en un sitio de internet que mantendríamos, quizás en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Anxo Abuín y yo. Por otra parte, tengo el compromiso pendiente con la editorial Renacimiento de publicar dos guiones inéditos de Ramón Gómez de la Serna.

Las líneas de investigación que considero más productivas son aquellas que nuestro grupo de la USC ha venido desarrollando desde hace ya treinta años, con la evolución natural y lógica que se han ido produciendo en ellas. Y las que contribuyan a lograr los objetivos de re-construcción apuntados en mi respuesta anterior.